

amable padre, para acariciarle: *Itaque toties honoratur, quoties manus Dei patitur!* Puedese dudar que no le haya jamás tocado con sus sagradas manos, y que no le haya dejado algunas impresiones divinas? — Cuando oigo decir en el Evangelio: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur*<sup>1</sup>, que venia expresamente para traer el fuego del cielo, y para abrasar todo en la tierra; me há ocurrido este pensamiento, de que el Hijo de Dios no venia á hacer en la tierra más que lo que hace en el cielo; luego, allí no hace más que una sola cosa eternamente, encender el fuego, si es permitido usar de este término, es decir, abrasar toda la divinidad con el fuego sagrado del infinito amor, produciendo al Espíritu Santo con un mismo corazón con Dios su Padre; y pienso que continuaba haciendo lo mismo en la tierra con su amable padre José, ocupandose constantemente en encender el fuego del amor divino en su corazón; y considero á Jesus y á José permaneciendo juntos como dos artesanos que trabajaban cada cuál en su oficio, y el uno para el otro; José, como carpintero, hacia de Jesus una puerta que nos fué abierta para entrar en el cielo; y Jesus, como un platero, trabajando en el horno de su fuego divino, hacia de José un precioso vaso de oro, enriquecido con tantas piedras preciosas que le comunicaba como gracias, para estar lleno de la posesion eterna de su divinidad: *Vas admirabile opus Excelsi*<sup>2</sup>. Oh! quién podria decir que perfeccion dió á esta hermosa obra despues de haberla trabajado en secreto, y de haberse aplicado á ella, por completo, durante tantos años! Oh José! quién os hubiéramos visto en todo el esplendor con que brillabais, cuándo salistéis así acabado por las propias manos de Dios; qué admiracion causabais á los angeles del cielo! *Toties honoratur, quoties manus Dei patitur*<sup>3</sup>.

1. Luc XII, 49.

2. Eccli. XLIII, 2.

3. D'Argentan, loc. cit. — Permaneció mucho tiempo y de continuo con el Mesias, y fué un maravilloso encaminamiento á la perfeccion y

Es así como la paternidad de San José ponía el colmo á su santificación, al propio tiempo que á su gloria, que le aseguraba la posesion de la beatitud eterna, sin la cuál todo lo que le venia de su paternidad no le hubiéramos servido de nada, si no es para hacer su caída más horrible y peor su desgracia.

*Conclusion.* — San José es, cristianos, padre de Nuestro Señor á la santidad. La conversacion diaria con Cristo y su presencia continua fueron un excitante para actos frecuentes y fervientes de caridad. La palabra y el ejemplo de Cristo contribuyeron poderosamente. Si la lectura de la vida del divino Salvador y el oír discursos sobre los misterios sagrados encienden en nosotros un gran fervor, qué debemos pensar de la ardiente caridad de José, que no solamente oía los misterios de la misma boca de Cristo, sino que lo ensalzó y lo veneró por toda clase de medios? — San Pedro Crisologo refiere que Maria y José llevaban una vida verdaderamente monastica, y pasaban las noches en oracion con Cristo, su maestro, que lo colocaban en medio de ellos. Como un horno incandescente, su pecho dejaba escapar ardientes llamas de caridad. Alimentaban en ellos ardores más que seraficos. Si la oracion ante una imagen de Jesucristo, hecha por la mano de los hombres, excita en nosotros un amor ardiente y generoso hasta el punto de hacernos verter abundantes lagrimas, juzgád cuál debia ser el fervor de Maria y de José! Qué ardor, qué amor, qué dulzura, qué alegría, qué jubilo, les animaban con la presencia perpetua, incensante é intima de la figura de la sustancia del Padre, y con la imagen de su bondad propuesta á su adoracion! El sol, aunque alejado de nosotros, produce, por la virtud de sus rayos, el oro en las entrañas de la tierra y las perlas en las conchas. El sol de justicia há producido tambien en el corazón de Maria y de José, cerca de los cuáles se encontraba, el oro del divino amor y ricas perlas de gracias celestiales. Es de creer que José há hecho actos de contemplacion más perfectos que Jacob en la vision de la escala mistica, que Samuel en la audicion de la voz divina, que David en estas palabras: *Durante mi meditacion, un fuego há abrasado mi corazón*; Ps. xxxviii, 3; que la Magdalena, sentada á los pies del Salvador, en donde escuchaba incesantemente sus palabras; que Juan, apoyado sobre el pecho del divino Maestro, en la contemplacion de los divinos misterios. (Miechow. loc. cit.)

Jesucristo ; padre no por naturaleza, sino por afinidad, por adopción y por afección. Esta paternidad há sido para él el origen de muchas pruebas y de muchos sufrimientos, hasta tál punto que se podría muy bien llamarle el rey de los martires, como Maria es la reina de ellos. Pero en cambio, há logrado á la vez su gloria y su santificación. Así San José nos ofrece en su persona un ejemplo de todos los extremos ; extremidad en el honor, extremidad en la pena, extremidad en la santidad. Aprendámos con este éjemplo que no hay estado, tán elevado y glorioso, que no tenga sus pruebas, casi siempre tánto más grandes cuánto más favorecido. Por consiguiente, no envidiémos las grandezas, á las cuáles la misericordia de Dios se digna unir un peso particular de tribulaciones, para hacerlas más funestas. Sino que estémos en la prosperidad ó en la adversidad, sepámos hacer servir nuestras penas para nuestra santificación, sufriendolas con paciencia y con resignación á la voluntad de Dios. Obrando así, no se tiene más que averiguar por qué medios se podrá asegurar la salvación. Ese es el medio por excelencia. Dios, que es un buen Padre y conoce la eficacia, lo pone sin cesar á nuestro alcance. José no parece haber empleado otro toda su vida, y le há conducido al más alto grado de santidad. Roguémos con confianza á este buen padre del Niño-Dios, que es también el nuestro, puesto que somos los hermanos de Jesucristo<sup>1</sup>, para ayudarnos á emplearlo fiélmemente á nuestra vez, á fin de que con su apoyo lleguémos igualmente al cielo. Así séa.

#### San José, nuestro modelo.

I. Modelo muy perfecto. — II. Modelo muy imitable.

En este día de la festividad del gran San José, honraremos á este bienaventurado patriarca de una manera que le será particular-

1. San José es, en un sentido elevado y muy cierto, el jefe y el padre de todos los elegidos de la gran familia de los miembros del cuerpo místico de Jesus (El Cardenal Pie, obras, t. VII, pag. 129.)

mente agradable, si nos aplicámos á considerar sus virtudes para imitarlas. San José es, en efecto, un modelo perfectísimo de la vida cristiana cómo vámos á verlo en la primera parte de esta plática ; y este perfectísimo modelo no es menos muy imitable, cómo lo verémos, igualmente, en la segunda parte. El admirable San José, esposo de Maria y padre adoptivo de Jesus, nos ocupa é interesa demasiado, y en este día nos permitirémos religiosa atención á lo que vámos á decir<sup>1</sup>.

I. — *San José, modelo perfectísimo de la vida cristiana.* — La vida cristiana no consiste cómo algunos creen con injusticia, en ayunar, en mortificar sus sentidos, en practicar austeridades de todo genero. No consiste tampoco en hacer muchas oraciones vocales, en frecuentar muy asiduamente las iglesias, en oír todos los sermones que se predicán, ní tampoco en recibir con frecuencia los sacramentos. Esas son séguramente muy excelentes practicas, que contribuyen poderosamente á hacernos llevar una vida cristiana, pero no son las que la constituyen.

En qué, pues, consiste la vida cristiana ? Esta consiste esencialmente en dos cosas, en amar á Dios y en amar á su prójimo. Es nuestro Señor mismo quién nos lo enseña de la manera la más

1. En la persona de San José tenemos que considerar : 1º Las penas sospechas por las cuáles Dios quiere probarle : *Inventa est in utero habens* ; sus perplejidades : *Cum esset justus, et nollet* ; Dios, para purificar á sus elegidos, los somete frecuentemente á rudas pruebas. — 2º Su prudencia, que le lleva, antes de determinarse á obrar, á reflexionar maduramente delante de Dios sobre lo que debe hacer : *Hæc autem eo cogitante.* — 3º Su justicia, que no le permite extraviarse de las prescripciones de la ley, ni autorizar, por una ciega condescendencia, lo que creia un mal. — 4º Su dulzura y su caridad que le aconsejan los medios los más suaves : *Et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam.* — 5º Los consuelos con los cuáles Dios corona sus pruebas : *Ecce Angelus Domini apparuit in somnis.* — 6º Su docilidad y su obediencia : *Exsurgentes Joseph... fecit sicut præcipit ei angelus Domini.* (Dehaut. El Evangelio expl. 1. p. 1. sec.)

precisa. Interrogado un día por un doctor de la Ley, que le preguntaba cuál era el principal mandamiento. Jesús le dijo: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu. Ese es el primer y principal mandamiento. Pero hay un segundo parecido al primero: Amarás á tu prójimo cómo á ti mismo.* Y el Salvador terminó en esta forma: *Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos*<sup>1</sup>. Desde entonces toda la ley y los profetas se reducen á los dos mandamientos de amar á Dios y al prójimo; es, por consiguiente, en amar á Dios y al prójimo en lo que consiste toda la vida cristiana.

Pues sin salir del Evangelio que os he leído hace un instante, encontramos muchos rasgos que prueban que San José puede ser considerado con un perfectísimo modelo de vida cristiana.

El primero de estos rasgos es el que proclama á San José un *hombre justo*. Qué es un hombre justo? Es el que se limita á no engañar, ni robar á nadie; á pagar sus deudas, á no querer para él más que le pertenece? No; ése es el hombre honrado, si quereis, pero no es ése el hombre justo por excelencia, el hombre que merece este título de *justo*. El hombre justo es el que posee la virtud de la justicia, la cuál nos hace dar á la vez á Dios y á nuestro prójimo lo que les debemos. El que diera á los hombres lo que les debe, y á Dios nó, no sería justo; de igual manera, el que diérase á Dios lo que le debe, y no á los hombres, no sería tampoco justo. La justicia exige, pues, estas dos cosas, dar á Dios y á los hombres lo que les es debido. Pues, qué debemos á Dios y á los hombres? Les debemos amar, según el mandamiento que se nos hace; y si les amamos, observaremos toda la ley. Porque si amamos á Dios, le obedeceremos en todas cosas y no violaremos ninguno de sus preceptos. Y si amamos á nuestro prójimo, cuidaremos también igualmente de no causarle perjuicios, sea en sus bienes, sea en su reputación, sea en su persona; sino que, por el contrario, tendremos gran cuidado de hacerle todo el bien que podamos. San José

1. Mat. xxii, 37-40.)

siendo proclamado por el Evangelio un hombre justo, qué se deduce? Deducése que San José ha amado á Dios y al prójimo cómo debía, porque, de otra manera, el Espíritu Santo no le hubiera proclamado justo. Y cómo el que ama á Dios y al prójimo observa toda la ley, San José la ha observado en toda su extensión. Y habiendo observado la ley en toda su extensión, es, por consiguiente, un perfecto modelo de la vida cristiana, la cuál consiste precisamente en esta completa observación de la ley de Dios.

El segundo rasgo de nuestro Evangelio que nos muestra en San José un perfecto modelo de la vida cristiana, es aquel en que se dice que habiendo advertido el estado de María, su esposa, *no quiso entregarla al rigor de la ley, sino que resolvió abandonarla secretamente*. Este rasgo nos hace ver, en efecto, el amor al prójimo practicado en un grado heroico. Porque San José podía creerse gravemente ultrajado por María. Las apariencias estaban contra ella. Apesar de su voto de castidad del cuál habia enterado á San José, y que habia decidido á este á formular uno semejante, llevaba en si los indicios evidentes de la maternidad. Cuál no era, pues, su falta de fé, de qué perjurio no se habia ella hecho culpable, y qué venganza, por último, José no podia tomar! Si, sin duda, y es lo que no hubiera dejado de hacer cualquier otro marido. Pero José tenia otros sentimientos. Ciertamente es que estaba confuso con lo que pasaba, y que apenas podia creer en lo que sus ojos veian. Pero la caridad fraternal que estaba en su corazón, fué más fuerte que sus sospechas y que todos sus más legítimos resentimientos. No queriendo vengarse personalmente, no quiso tampoco que la ley le vengase. Si lo que parecia ser, hubiera sido realmente, la ley mandaba que María fué apedreada. Pero José se colocó entre María y el rigor de la ley, y cómo esta misma ley le prohibia permanecer con María, en el caso que indicaban las apariencias, no tuvo el pensamiento de infringirla, y resolvió abandonarla; pero su caridad le sugirió la idea de hacerlo de una manera secreta y sin ruido, con el fin de que María no tuviese que sufrir. Y os pre-

gunto : no es ésa una caridad hérica? Se vé nunca más generosidad unida á mayor delicadeza?

Ah ! qué hermoso modelo es aquí San José para nosotros ! Con qué fuerza su conducta nos predica el perdon de las injurias y el amor al prójimo ! nos creémos ofendidos ó menospreciados : es muy cierto qué lo hémos sido réalmente ? Ah ! si José hubiéra carecido de caridad, y si hubiése entregado á Maria *al rigor de la ley*, gran Dios ! cuál no hubiése sido la consecuencia de esta falta de caridad ! No es posible tambien, que no séa más que en apariéncia, que el prójimo tenga agravios respecto de nosotros ? Pero, que el prójimo sea verdaderamente culpable, lo que es frécuentemente muy difícil de saber al justo, no dejémos de deponer toda colera y toda idea de venganza contra él, y aun serle util en la medida de nuestros medios. La caridad cristiana, de la cuál San José nos ofrece hoy un tán bello modelo, nos hace un rigoroso deber ; sin contar la amenaza terrible fulminada contra los que no perdonan, á saber, que ellos mismos no serán perdonados <sup>1</sup>.

El tercer rasgo, por último, de nuestro Evangelío, que nos muestra en San José un perfecto modelo de la vida cristiana, es cuando nos refiere, que habiendo oido lo que Dios le hacia decir por el angel, creyó y guardó á Maria con él. Dios, satisfecho de la manera como José habia practicado la caridad con Maria, no prolongó más la prueba, y se apresuró á enviarle un angel para iluminarle y consolarle. Pero véd, al mismo tiempo, la perfectísima conducta de José en este nuevo acontecimiento. Duda del angel ? Pidéle las

1. Mat. vi, 45. En sus dudas, José iba á separarse como ordenaba la ley, pero secretamente, cómo la caridad aconsejaba, cuándo un angel le reveló el misterio... Es asi cómo procedemos en nuestros juicios respecto del prójimo ? No nos permitimos más sospechas sobre las intenciones y los designios de nuestros hermanos ? y lo que es peor todavía, no comunicamos á los demás estas malignas impresiones ? cuidámos, todas las veces que podemos, cubrir las faltas del prójimo, excusarlas, disimularlas y desviar la conversacion cuándo los demás hablan de ellas ? (Hamon. Médit. San José, 5<sup>a</sup> medit. 1. p.)

pruebas de lo que le dice ? Nada de esto. Como el angel le aclara sospechas que nadie conocia, y sabe que solo Dios conoce nuestros pensamientos y los movimientos del corazon, comprende que es de parte de Dios que le habla y cree sin vacilar todo lo que le dice. Esta conducta no es perfecta ? Si José hubiéra creído al angel sin darse cuenta de que no podia hablarle más que de parte de Dios, habria faltado á la prudencia, y se hubiera expuesto á ser el juguete de una ilusion ó de algun espiritu malo. Y si habiendo comprendido que el angel le hablaba en nombre de Dios, no hubiera querido creer en su palabra, bajo pretexto de que lo que le decia no se habia visto nunca, que esto era imposible, que no se comprendia, ó por cualquier otra razon, habria carecido de fé y ofendido á Dios, suponiéndole capáz, ó de engañarse, ó de querer engañarle. Pero José no cae ni en la imprudencia, ni en la incredulidad. Desconfia de si mismo, pero cree sin reservas en Dios. — Qué hermoso modelo, cristianos ! Ay ! cómo seriamos diferentes de lo que somos, si quisiéramos estimularnos en imitarle ! Desgraciadamente, hacemos todo lo contrario. Aceptámos cómo cierto y verdadero todo lo que nos cuenta un hablador, todo lo que leémos en libros y en periodicos sospechosos ó completamente malos. Pero de la palabra santa de los pastores de la Iglesia y de los libros que hacen conocer la religion, desconfiamos y nos ponemos en guardia contra ellos, los discutimos y buscamos razones que oponerles ; y si hay muchos, entre nosotros, que no rehusan claramente créerlos, obran seguramente como si no los creyéran. Asi, qué sucede ? Que no creyendo las verdades del cristianismo y no observando sus leyes, no se ama á Dios ni al prójimo, sino unicamente á si mismo, á sus comodidades y pasiones ; y por consiguiente, se deja de ser cristiano, por lo menos de hecho. Ah ! cómo tenemos nécesidad, hermanos míos, de fijar nuestras miradas en San José y de estudiar seriamente su conducta ! Con una sincera y buena voluntad, podrémos asemejarnos á él. Porque siendo un perfectísimo modelo de la vida cristiana, es, al propio tiempo, segun hemos dicho

II. *Un modelo muy imitable.* — Todos los santos son modelos, pero no todos son igualmente imitables. Hán llegado á ser santos por las vias por donde Dios los há conducido de una manera particular ; y si se quisiera seguirles por estos caminos, se correria gran riesgo de estraviarse y perderse. Por éso los hay que no se debe intentar el imitarlos. A quién se podria, por éjemplo, aconsejar que imitara á San Pablo, el primer hermitaño, ó á San Antonio que ambos pasaron casi toda su vida en las más horribles soledades, en el fondo de los desiertos del Egipto, privados, no solamente de toda comodidad humana, sino tambien de todo auxilio religioso exterior ? A quién se podria aconsejar tambien el imitar á San Simeon Stilita, que permaneció durante cuarenta años en lo alto de una columna ? A quién se podria aconsejar el imitar solamente á San Benito Jose Labre, que se santificó en la practica de las perégrinaciones y de la mendicidad ? Ciertamente, ésos son santos admirables que Dios há formado para que el cielo estuviése adornado de todos los meritos y de todos los generos de glorias ; pero, lo repito, sin vocacion especial de Dios, no se puede y no se debe tampoco ensayar imitarlos ; porque, sin hablar de todas las demás dificultades insuperables que se encontraria, no se llegaria á resistir las tentaciones del demonio del orgullo.

Otra cosa es San José. No creais, sin embargo, que sea menos admirable que los santos de que acabamos de hablar ; lo es infinitamente más. Pero lo que le hace tan admirable, es, no las obras sorprendentes que há hecho, sino la perfeccion con la cuál las há ejecutado.

En él, en efecto, nada de acciones ruidosas que asombren al espíritu, nada de genero de vida que asuste á la debilidad humana. Sin duda, todo está maravillosamente ordenado en él, pero, al mismo tiempo, todo es maravillosamente sencillo. En él, véis un artesano que vive de su trabajo<sup>1</sup> : que permanece en el retiro de su

1. Por su nacimiento, José era de estirpe real... Este principe salido del más celebre, del más popular, del más santo quizás de los reyes de

casa, no teniendo con el mundo más que las relaciones necesarias<sup>1</sup> ; que practica el silencio, diciendo lo que es preciso, pero nada más que esto, hasta tal punto que el Evangelio no refiere ni una

Judá, este principe, hijo de David, está completamente olvidado y perdido entre la multitud... Y qué era él en esta humilde ciudad de Nazaret ? Un humilde y pobre carpintero ; demasiado honrado para no gozar de cierta reputacion entre las gentes del lugar ; demasiado inofensivo, demasiado afable, demasiado servicial para no contar algunos amigos ; pero tambien demasiado fiel servidor de Dios, demasiado alejado del espíritu del mundo, demasiado piadoso, demasiado santo, para no ser censurado, odiado, perseguido por los malos que no faltan en parte alguna. (II. Tim. III, 12). Trabajaba mucho y ganaba poco. Es imposible el representarlo cómo un hombre habil en los negocios, ó cómo haciendo valer el precio de sus obras ; todavia menos cómo un acreedor riguroso apremiando á sus deudores. Cuántas veces debió ser victima, yá de su conciencia, yá de su confianza, yá de su compasiva benignidad !... En resumen, él no era nada en Nazaret. No tenia empleo alguno ; y á excepcion de que edificaba constantemente á toda la vecindad, no ejercia ninguna accion. No pasaba por hombre de letras, todavia menos por sabio, y muy probablemente, no era ni lo uno ni lo otro. A lo sumo, porque era prudente, discreto y bueno, se iba algunas veces á confiarle disgustos, ó se le pedia consejos. En suma, era en toda la fuerza de la expresion, un plebeyo oscuro. (*Gay Conferen. á las madres cristianas, confer. 37*).

1. Este admirable santo no se muestra al exterior más que cuando es obligado ; vá á Belen cuando el édicto del emperador le obliga ; á Egipto cuando la orden del cielo le llama ; á Jerusalem, cuando un deber de religion le invita. Fuera de eso, él no aparece en parte alguna. No se le vé en la ciudad en medio de las conversaciones de las gentes y de las alegrías del mundo, en los circulos y en las fiestas de los hijos de los hombres ; él tiene sus delicias en su querido retiro de Nazaret. Es allí que goza de Dios y de su divino Hijo, entregandose por completo á sus deberes de estado ; allí se deslizan sus dias, recogido en Dios y ocupado en su santificacion. Aprendámos con este éjemplo á no amar el mundo, que disipa y seduce el corazon ; á querer el retiro, en donde se estudia y se reconoce á si mismo, en donde se forman las virtudes solidas, en

sola palabra de él<sup>1</sup>. Véis un hombre que ama al prójimo, en la persona de Maria, su esposa, con un amor muy verdadero, muy sincero, muy delicado, prefiriendo ceder de sus derechos antes que hacerlos valer, suspendiendo su juicio mientras que el mal no es evidente, y no condenando aun entonces que la culpabilidad parece ser cierta, sino confiando á Dios solo el cuidado de terminar las

donde se habitua á la vida interior, fuera de la cual todo progreso en la piedad es imposible. Acordémosnos de la palabra del pagano (Seneca) que decia: «Todas las veces que hé estado entre los hombres, vuelvo menos hombre»; y de la palabra de San Leon el Grande: «El polvo del mundo mancha necesariamente hasta los corazones los más religiosos que lo frecuentan.» (Hamon. Medit. San José, 4ª medit. 1. p.).

1. San José descendia en linea recta de los más grandes reyes de Judá y de los más ilustres patriarcas. Depositario del secreto del Altísimo, alojaba en su casa á su Dios, que le honraba con el nombre de Padre. Sin embargo, la humildad le hace occultar un tan grande nacimiento, tanta grandeza y tanta gloria. Otros se hubieran apresurado á divulgarlo, á hacerse apóstoles y evangelistas del Niño-Dios, para que fuésen á adorarle; pero José, más sabio y más humilde, estima que es mejor callarse, y deja á Dios el cuidado de hacer conocer á su Hijo. Ni un vecino, ni un amigo es enterado del secreto; y, al cabo de treinta años, el Hijo del Padre eterno no es conocido más que como un artesano y el hijo del artesano José. Mat. XIII, 55; Marc. VI, 3. Oh! maravilloso silencio! José tiene en su casa con que atraer las miradas de toda la tierra, y el mundo no sabe nada; posee un Dios-Hombre y no dice una palabra de ello. Los magos y los pastores vienen adorar á Jesus; Simeon y Ana publican su grandeza, y José no dice nada; José, á quién el angel habia instruido de la divinidad del Niño; José, que lo sabia, por haberlo visto, el milagro de su nacimiento, callaba. Qué padre no hubiese hablado de un hijo semejante? José guarda fielmente su secreto y lo lleva hasta el sepulcro. Bella lección que nos enseña á no decir nunca nada, ni nada insinuar en ventaja propia, y á no tomar la vanidad por consejera de nuestros discursos! (Hamon. loc. cit.). — Y nosotros, miserables é insensatos cómo somos, queremos sin cesar y por todas partes mostrarnos, y que se nos vea, y que se nos admire, y que se nos admire. Aparecer, brillar, ostentar esplendor, hacer

cosas como le placera. Por ultimo, véis en él á un hombre cuya fé y confianza en Dios son sin limites, que cree sin reserva en su palabra y hace sin vacilar lo que le manda. Hé ahí á San José todo.

Pues bien, yo os lo pregunto: Qué hay de más facil de imitar como una vida semejante y una semejante conducta? A! si fuera preciso para imitar á San José practicar largos ayunos y entregarse á mortificaciones austeras, nadie duda que muchos de vosotros podrian alegar, contra semejante genero de vida, la debilidad de su salud. O bien sí, para imitar á San José, fuera necesario pasar la mayor parte del tiempo en oraciones, muchos podrian igualmente decir que no pueden, porque tienen necesidad de trabajar para hacer frente á las necesidades de la vida. — O bien todavia si fuera preciso, para imitar á San José, dar á los pobres todo lo que se posee, comprendo yo muy bien que aquellos que están cargados de familia podrian encontrar esta condicion muy dura, y la conducta de José poco imitable. Pero nada de todo esto se encuentra en la vida de San José. Para imitarle, no es necesario más que cumplir con los deberes de su estado, amar al prójimo y

ruido, atraer la atencion, es nuestra ambicion continua y la más habitual de nuestras preocupaciones. Seria ya mucho pretender así mostrar lo que somos; pero es tambien de lo que no somos que queremos tener las apariencias, con el objeto de hacernos honor. Es necesario que se nos crea, ya con más talento que no tenemos, ya con más ciencia de la que hemos adquirido, ya con más virtud de la que practicamos. Nos rehacemos, con artificio, las bellezas que hemos perdido; y aquellas que no hemos tenido, ensayamos el simularlas y ostentarlas. Se vive de mentira, alimentase de viento, se quiere hacer lo mismo con los demás. Se defrauda á cada instante en su trato con los hombres, comprando con falsa moneda su estimacion, su afeccion, sus aplausos. Se habla temerariamente; se adopta el aire de oraculo. Se juzga, se dá su opinion cuando nadie la pide, y cuando es indiscreto, inconveniente, y aun ridiculo el darla. No se la dá, se la impone, y no se sufre el ser contradictorios. No es esa la costumbre, la inteligencia y la vida del mundo? Y quién no es del mundo, por lo menos, por este lado? (Gay. loc. cit.).